

El ejercicio del pensar

#51

Abril 2024

**Antonio García
Nossa: un
pensamiento
revolucionario para
América Latina**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Jaime Ortega
Santiago Pulido Ruiz
Daniel Felipe Barrera Arias
Ricardo Sánchez Ángel
Antonio García Nossa

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Historia y coyuntura:
perspectivas
marxistas**



El ejercicio del pensar no. 51 : Antonio García Nossa : un pensamiento revolucionario para América Latina / Jaime Ortega Reyna ... [et al.] ; Coordinación general de María Elvira Concheiro Bórquez ; Marcelo Starcenbaum ; Patricia Flor De Lourdes González San Martín ; Editado por Luis Alvarenga ; Carlos Pérez Segura ; Jaime Ortega Reyna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-816-9

1. Marxismo. 2. Democracia Popular. 3. Socialismo. I. Ortega Reyna, Jaime, ed. II. Concheiro Bórquez, María Elvira, coord. III. Starcenbaum, Marcelo, coord. IV. González San Martín, Patricia Flor De Lourdes, coord. V. Alvarenga, Luis, ed. VI. Pérez Segura, Carlos, ed.

CDD 306.092

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinadores

María Elvira Concheiro Bórquez

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

México

elvira.concheiro@gmail.com

Marcelo Starcenbaum

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Argentina

mstarcenbaum@gmail.com

Patricia Flor De Lourdes González San Martín

Observatorio de Participación Social y Territorio

Universidad de Playa Ancha

Chile

plgonzal@upla.cl

Equipo Editor

Luis Alvarenga

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

lalvarenga@uca.edu.sv

Carlos Pérez Segura

Instituto de Formación Política de Morena

carlosperseg@gmail.com

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

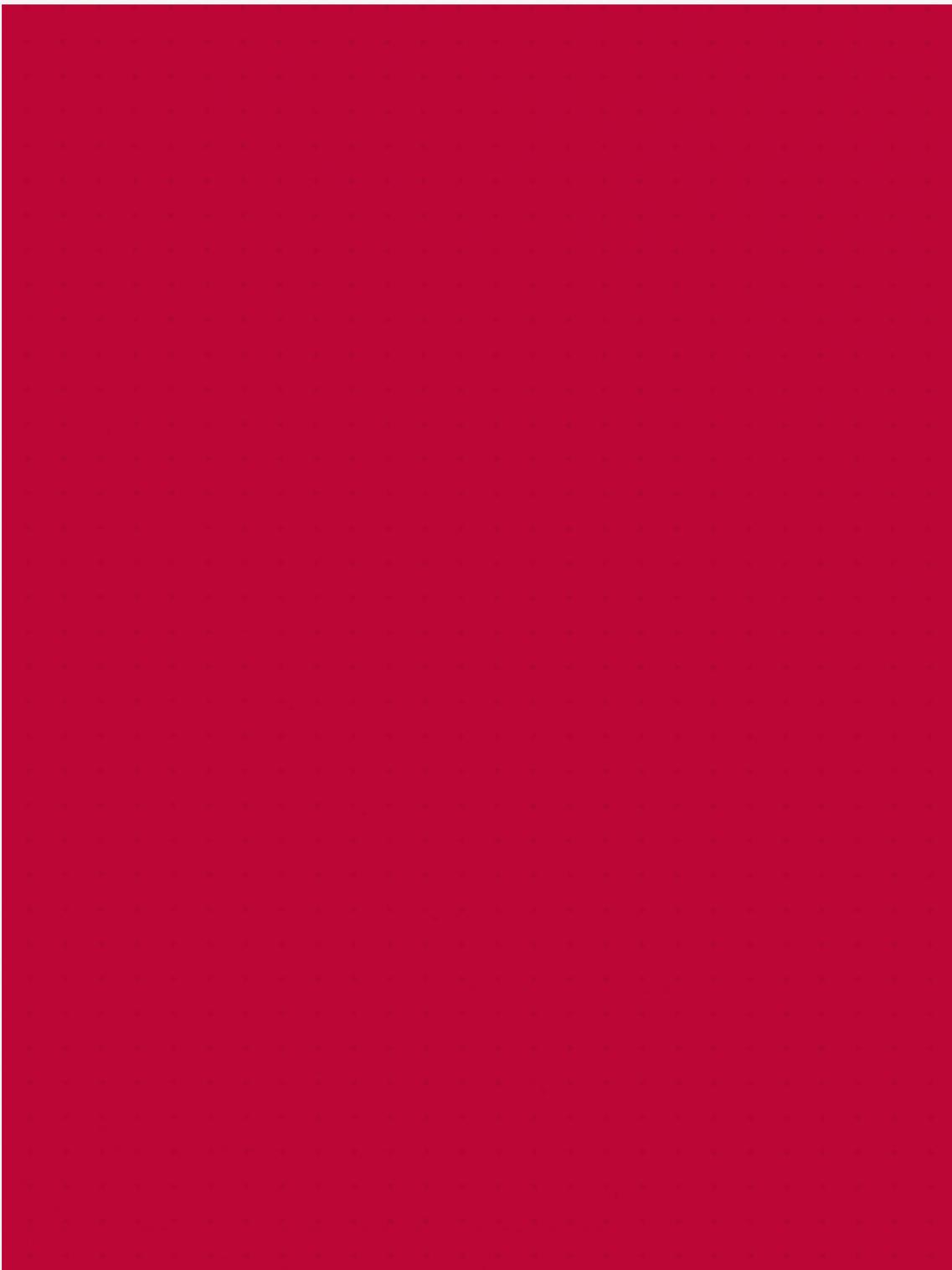
gtmarxismo@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>



Contenido

- 5 El marxismo a contracorriente**
Jaime Ortega
 - 7 Antonio García Nossa**
Un pensamiento revolucionario para América Latina
Santiago Pulido Ruiz
Daniel Felipe Barrera Arias
 - 10 Democracia popular y reforma estatal**
Una aproximación al pensamiento político de Antonio García Nossa
Santiago Pulido Ruiz
 - 23 Mediaciones estatales**
Antonio García Nossa y la tensión estratégica en el Estado
Daniel Felipe Barrera Arias
 - 41 Rosa Luxemburg**
Su influencia en el socialismo colombiano
Ricardo Sánchez Ángel
 - 46 La tradición del socialismo en Colombia**
Antonio García Nossa
- 





El marxismo a contracorriente

Jaime Ortega*

El desarrollo del marxismo en América Latina ha encontrado una terca realidad: perspectiva oligárquica y patrimonialista, burguesías timoratas, ejércitos leales a elites, debilidad de las clases obreras. Pero también, ha encontrado en su despliegue momentos de suma lucidez, asociadas a revueltas campesinas, insubordinaciones plebeyas, perspectivas nacional-populares, liderazgos de gran valía en los procesos de politización.

El caso colombiano está marcado, a sangre y fuego, por esta doble dimensión: por un lado, un país con una oligarquía deseosa de ocultar cualquier deseo reformista, un conjunto de poderes regionales que minan la capacidad del Estado, una reforma agraria en espera de realizarse; y paralelamente, un movimiento popular que no ha dejado de luchar.

Es en esta contra-corriente que hay que ubicar y valorar el aporte de los marxistas, como en el caso que convoca este dossier de nuestro boletín: Antonio García Nossa. Nacido en 1912 y fallecido en 1982, su obra político-científica, de clara perspectiva socialista, acumula más de cuarenta volúmenes. Para muchos García ha sido la puerta de entrada para los problemas del desarrollo y de las estructuras agrarias, de la posibilidad de un socialismo en vínculo con la tradición nacional-popular, entre otros. Su obra, valiosa en términos académicos, resulta aun más importante en

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas. Profesor en la UAM-X.

coyunturas de cambio como la que vive la América Latina y Colombia particularmente.

Desde el Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas, esperamos que este volumen permita ampliar la mirada hacia el rico caso colombiano, cuya experiencia y acumulación teórica pueden ser insumos para otras latitudes de la región.



Antonio García Nossa

Un pensamiento revolucionario para América Latina¹

Santiago Pulido Ruiz*

Daniel Felipe Barrera Arias**

El profesor Antonio García Nossa fue uno de los lectores más atentos de la obra de José Carlos Mariátegui en Colombia. De allí extrajo importantes conclusiones respecto al problema de la dependencia, del indio y del atraso de los países latinoamericanos. De ello da cuenta su persistente preocupación por el régimen de tenencia de la tierra, la reforma agraria y los procesos de democratización social y política en América Latina. A pesar de ello, no es solo un autor dramáticamente desconocido en la academia, sino que es, también, un intelectual proscrito tanto por la derecha como por la izquierda colombiana.

El autor colombiano tuvo serias diferencias con la izquierda oficial respecto al lugar que le asignaban a la nación en el proyecto revolucionario: Nossa se negó a exportar experiencias y categorías prefabricadas. Por tal razón, decidió recuperar el método histórico y dialéctico mariateguiano. Esto hace que la producción teórica de García Nossa se encuentra situada en contextos históricos determinados y que se caracterice por dos elementos centrales: i. pensar dentro de formaciones sociales compuestas

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas.

** Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas.

¹ Este artículo es parte del trabajo de grado de ambos autores en el pregrado de Ciencia Política de la Universidad del Tolima.

por diversos regímenes de acumulación y por la sobreposición de diversas relaciones de explotación y de trabajo; ii. reconocer la sujeción y dependencia de los países metropolitanos sobre los periféricos².

En ese sentido, las repúblicas señoriales, como solía llamarlas García Nossa, se encontraban en una difícil situación para avanzar en un proyecto político-social transformador. Un proceso que, según analizaba Nossa (1973), implicaba la construcción de un sistema de unidad nacional de vida³: tarea ineludible para la autodeterminación de los pueblos latinoamericanos. Al igual que Mariátegui, para Antonio García, la estrategia revolucionaria exigía tanto de la liberación nacional como de la liberación de clase: ambas son la consumación de un proyecto de mayorías sociales. No es extraño, entonces, que el autor colombiano diferencie entre los nacionalismos imperialistas y los defensivos. Los primeros hacen referencia al deseo nacional de opresión y anexión por parte de las grandes potencias. Mientras el nacionalismo defensivo es de carácter revolucionario: promueve vínculos de solidaridad (tanto en su interior como en su exterior pervive un espíritu de no-agresión).

Este nacionalismo popular constituye un mecanismo y un proyecto político y psicológico de la comunidad. En palabras del autor: “el carácter político del nacionalismo no puede determinarse a priori, antes de examinar y calificar las corrientes sociales que se mueven dentro de él, su sentido, sus formas, su espíritu” (García Antonio, 1953, p. 54). Aquí hay un apunte clave, pues, el bloque nacional-popular nunca está dado, tampoco es a priori llamado a ser un sector emancipador: se configura, precisamente, en la correlación de fuerzas presentes y constituidas históricamente, se

- 2 En su libro *La estructura del atraso en América latina* (2006), el profesor Nossa argumenta por qué contrapone el concepto de atraso al del subdesarrollo, pues, mientras el primero refiere a una situación estructural, el segundo es percibido como una etapa de tránsito hacia el desarrollo y modernización de los países de la región. Este atraso, según Nossa, va más allá de lo económico y tiene fuertes repercusiones políticas, sociales y culturales.
- 3 Nossa en *La rebelión de los pueblos débiles*, 1953, pág. 105.

conforman bajo la organización política propia de cada formación económico-social (diferencia sustancial con el marxismo soviético).

Así, la revolución nacional-popular, orientada a la conquista de la independencia nacional y la liberación social de las clases trabajadoras se diferencia de los esquemas políticos de la revolución democrático-burguesa, no son en ningún sentido equiparables. Por tal motivo, el socialismo debe levantar las banderas del nacionalismo-revolucionario.

Precisamente, la conformación de un proyecto nacional-popular no se presentaba en contradicción con las aspiraciones socialistas porque democracia y desarrollo son dos proyectos que van por la misma senda en los países atrasados. La modernización, democratización y superación de las estructuras de dependencia van por caminos similares, de ahí que Nossa advierta que “el socialismo contemporáneo se ha caracterizado como la más audaz y certera estrategia de desarrollo económico y social” (Antonio García, 1973, pág. 6).

BIBLIOGRAFÍA

Nossa, G. Antonio. (1953). *La rebelión de los pueblos débiles*. Bogotá D.C: Fondo Socialista de Publicaciones Tomas Uribe Márquez.

Nossa, G. Antonio. (1973). *El camino hacia la democracia socialista*. Nueva Sociedad. 3-14.

Nossa, G. Antonio. (1973). *Una vía Socialista para Colombia*. Bogotá D.C.: Cruz del Sur.

Nossa, G. Antonio. (2006). *La estructura del atraso en América latina*. Bogotá D.C., Colombia: Convenio Andrés Bello.





Democracia popular y reforma estatal

Una aproximación al pensamiento político de Antonio García Nossa

Santiago Pulido Ruiz*

“La vida se burla de los hombres atados al “mito de la tradición” haciéndoles confundir lo rutinario con lo tradicional y haciéndoles creer que la tradición es un estado y no un proceso”

Antonio García Nossa

Antonio García Nossa ha corrido la suerte de ser un intelectual proscrito en el ambiente político y académico nacional. Según Emiro Valencia (1971), el economista colombiano se enfrentó a la enorme injusticia de no ser discutido en el plano de la seriedad intelectual, sino ser ampliamente deformado de acuerdo a los intereses del sectarismo partidista. Incluso en la izquierda (donde presentó acalorados debates con el Partido Comunista Colombiano), el nombre de Antonio García sigue siendo arbitrariamente desconocido. Sacarlo de la proscripción y reubicarlo como una de las más excepcionales mentalidades dialécticas del siglo XX es, sin lugar a dudas, una de las tareas del movimiento socialista colombiano.

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas.

Para avanzar en tal desafío, nos hemos propuesto recuperar algunas de las claves analíticas de su obra y hacer de ellas instrumentos de reflexión teórica y práctica revolucionaria. Quisiera iniciar señalando, en ese sentido, algunos puntos centrales del itinerario intelectual de García Nossa: sus preocupaciones investigativas abarcan desde el problema indígena hasta el carácter de dependencia estructural de las economías latinoamericanas, pasando, desde luego, por la cuestión de la unidad popular, el régimen de concentración de la tierra, las estructuras de colonialismo interno, la reforma intelectual-cultural y la dialéctica de la democracia.

Estos temas, antes que ser abordados de manera unilateral, componen una reflexión integral en la obra de García Nossa. Su trabajo intelectual representó un esfuerzo permanente de reconciliación e integración de los problemas políticos, económicos, culturales y filosóficos de su tiempo. Nos encontramos, pues, ante un autor con un pie en la economía-política y otro en la teoría crítica. Pocas veces la especialización y división internacional del trabajo académico da lugar a este tipo de mentalidades dialécticas que conectan el rigor analítico con las aspiraciones colectivas de transformación social, soberanía popular y liberación nacional. Por esta razón, es clave volver sobre García Nossa, reactualizar su pensamiento y recuperarlo como figura de inspiración para nuestras nuevas generaciones de militantes.

En el caso de este artículo, nos proponemos abordar, brevemente, el problema de la democracia popular y la reforma estatal. Ambas cuestiones son vistas, desde la perspectiva de García Nossa, como problemas históricos y situacionales. Es decir, para comprender sus complejas configuraciones es siempre necesario realizar un análisis cuidadoso de los regímenes políticos, de sus relativas aperturas históricas e identificar, a partir de ello, sus bases sociales de apoyo. Como ningún otro autor, García Nossa dedicó buena parte de su vida a caracterizar dichas transformaciones y proponer alternativas de cambio en un sentido socialista.

Pretendo subrayar con esto la forma en la que García Nossa insertó a Colombia en las discusiones socialistas latinoamericanas. Mientras la academia nacional vivía un proceso de esclerotización y endogamia por entender las razones estructurales de la violencia y el conflicto, García Nossa dio un salto hacia adelante al articular esas especificidades dentro de una teoría histórica que permitiese entablar puentes de diálogo con otras experiencias políticas del hemisferio. ¿Cómo pensar los ciclos de violencia y los cierres democráticos del régimen estatal colombiano en conexión con otras experiencias nacionales? Tal fue la magnitud de su desafío teórico e intelectual.

Reforma estatal en América Latina o las grandes frustraciones del populismo:

En el apartado introductorio hemos señalado la manera en la que García Nossa inserta a Colombia en el ambiente intelectual latinoamericano. Considero que, en ese camino y de forma involuntaria, se tropieza con la tradición de lo nacional-popular (que surge con Mariátegui y se extiende con Zavaleta Mercado). Pese a no vivir en sentido estricto los ciclos populistas (por la excepcionalidad y particularidad del bloque político dominante colombiano), García Nossa se interesó tempranamente por las implicaciones de lo nacional-popular¹ y la articulación de la cuestión indígena en la construcción de la estrategia socialista y revolucionaria.

Para el economista colombiano, las experiencias nacional-populistas de su época, con las cuales mantenía profundas diferencias estratégicas, habían tenido la gran virtud de avanzar en toda una revolución pasiva e institucional. Según Nossa, estos proyectos de inclusión de las masas

1 En este punto, es importante sugerir una línea de investigación poco explorada frente a los trabajos de Antonio García Nossa: aquella que vincula su pensamiento con las reflexiones sobre lo nacional-popular en América Latina. Para nosotros, el pensamiento de García Nossa es un tipo de bisagra que conecta las tesis socialistas en Colombia con la experiencia latinoamericana de lo nacional-popular.

populares al Estado modificaron, parcialmente, el cuadro desolado de la «democracia tradicional» (Antonio García, 2013). La ampliación en la participación política popular era una de esas grandes conquistas que, sin temor alguno, reconocía García Nossa.

Sin embargo, no por ello dejó de advertir sobre los límites y las grandes frustraciones que acompañarían la experiencia reformista del populismo. Para García Nossa, este ciclo de gobiernos, aunque modificaron aspectos básicos de la “democracia tradicional”, no lograron transformar la estructura misma del poder ni sus reglas institucionales. Sus cambios se limitaron, exclusivamente, a una nueva fisonomía parlamentaria, es decir, a un nuevo carácter representativo en el Estado.

Lo que se modificó, entonces, “fue el elenco social de representantes, hasta el límite de tolerancia de las clases medias” (Antonio García, 2013, pág. 45). Existirían, en ese sentido, cinco avances significativos: *i.* la ampliación del ejercicio del voto; *ii.* la separación formal de los poderes del Estado; *iii.* el respeto por la oposición y por las libertades personales; *iv.* el pluripartidismo y la aceptación de normas de responsabilidad jurídica; *v.* la ampliación del sistema de derecho (García, Antonio, 2013). No obstante, la representatividad económica seguía reservada al control oligárquico y corporativo: especialmente, de la clase terrateniente, de los banqueros, los comerciantes e industriales.

Es decir, los principios fundamentales de la estructura económica de nuestros países eran irreformables. Por lo que puede afirmarse que la estrategia populista consistió en una “democracia política sin cambios estructurales”. Para García Nossa, esta situación prolongada de crisis anudó en sí una contradicción: “la presión revolucionaria de las nuevas clases populares por ascender, escalando las murallas tradicionales del poder político-social; y la voluntad reaccionaria de las viejas clases, por conservar a toda costa las anacrónicas estructuras y el status del privilegio social” (2013, pág. 46).

Semejante nivel de conflictividad podría derivar o bien en la transformación de los esquemas tradicionales del Estado oligárquico latinoamericano (poniendo fin a la situación prolongada de crisis estatal) o en la recomposición de las viejas estructuras sociales (tras abandonar su *ethos* nacionalista). Para Nossa, es claro que la situación se decantó por la segunda opción. Los gobiernos populistas frustraron completamente su capacidad revolucionaria: “de ser aliadas del proletariado industrial y del campesinado, de la “inteligencia” universitaria y de las inconformes masas urbanas, fueron pasándose al campo de las viejas clases conservadoras, provocando una profunda crisis [partidista]” (García, Antonio, 2013, pág. 52).

El APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela y el MNR en Bolivia serían reflejo de este proceso de descomposición interna del reformismo. Antes que radicalizar el programa por la autonomía nacional, la integración y el desarrollo “*desde adentro y desde ahora*”, los gobiernos populistas terminaron acoplándose al campo político de las clases dominantes. Una vez llegan al Estado y se enfrentan al período de crisis extendida, renuncian a su carácter nacionalista, desintegrando, así, el núcleo de fuerzas populares; abandonando, en consecuencia, la estrategia de transformación estatal y democracia total.

Es claro, entonces, que existió una incapacidad de los partidos populistas para enfrentarse y encarar los cambios de estructura². Esto obedece, en gran medida, a la modificación (una vez en gobierno) de su composición

- 2 Algunos trabajos recientes han intentado estudiar el fenómeno populista en perspectiva histórica y comparada. Para Victoria Murillo (2018), una de sus principales características fue el marcado carácter inclusivo de las masas populares (o la construcción del pueblo como actor estratégico), lo cual le permitía sostener una legitimidad electoral mayoritaria y reclamarse como su “representante”. Sin embargo, el punto de ruptura estuvo ligado a varios hechos: en primer lugar, a su carácter policlasista y a la dificultad de mediar entre un conjunto heterogéneo de demandas; en segundo lugar, a las tensiones políticas internas y la disputa por el liderazgo y la dirección del proceso; en tercer lugar, a su incapacidad de establecer reformas impositivas y administrativas que garantizaran su sostenibilidad en el largo plazo; finalmente, con la imposibilidad de “domesticar los mercados internacionales pese a [algunas] acciones «heroicas»” (Victoria Murillo, 2018).

social (es decir, al desplazamiento de las bases populares y de su contenido nacionalista hacia los marcos tradicionales de la oligarquía) y a la penetración de intereses ligados a la sociedad tradicional y a la inversión extranjera (García, Antonio, 2013).

De modo tal que la articulación de la nueva burguesía con élites intelectuales de clase media condujo, rápidamente, a la desmovilización. A pesar de las ampliaciones político-democráticas, se terminó “[re]insertando la economía del hemisferio dentro de los engranajes de una nueva estructura colonial” (García, Antonio, 2013, p. 21). Se trató de un mecanismo ideológico en el que se hipotecó las posibilidades de autodeterminación nacional y desarrollo económico: “no tendió a la conquista de la independencia sino a la modificación de las relaciones de dependencia” (García, Antonio, 2013, p. 21).

La primera derrota del populismo ocurrió, entonces, en sus propias filas: al instaurar un proceso acelerado de recomposición de las clases dominantes. Las clases populares y la clase media perdieron, pues, la oportunidad de convertirse en clases gobernantes y clases dirigentes del proceso de «democracia auténtica, económica, política y social» (García, Antonio, 2013), en su lugar, reaparecieron los viejos cuadros oligárquicos como sostén al periodo de relativa crisis. Esta idea de recomposición oligárquica de los proyectos populares no está muy lejos de la concepción zavaletiana de la reconfiguración oligárquica del Estado (Zavaleta, René, 2009).

En ambos casos, se reconoce que los avances populistas modificaron la composición social de los parlamentos latinoamericanos. Sin embargo, a nivel de Estado, se absorbía (cooptaba) la dirección de los movimientos populares y de trabajadores, mientras que, paralelamente, se entregaba “sin vacilación el grueso del excedente a la burguesía no gobernante” (René Zavaleta, 2009, pág. 332). Se trata, así, de una sucesión de comportamientos estructurales e instrumentales en el Estado en el cual el reclutamiento de las clases políticas tiende, cada vez más, en un sentido

oligárquico, al tiempo que decae el poderío hegemónico del Estado (René Zavaleta, 2009).

Puede decirse, en ese orden de ideas, que el nudo ciego que no se atrevió a romper el reformismo populista estuvo relacionado con tres condiciones: los procesos de industrialización ampliada y desarrollo económico; redistribución del poder social; y reasentamiento del Estado representativo sobre nuevas, anchas y orgánicas bases, urbanas o rurales (García, Antonio, 2013, pág. 53). A la larga, estas experiencias generaron un efecto tanto frustración como de desmovilización social: el mantenimiento de la estructura tradicional de poder condujo no solo a “que las nuevas clases sociales [proletarios industriales y campesinos] aceptasen un status de conformismo y dependencia, sino que renunciasen a su conciencia de identidad social, a sus aspiraciones de organización, a su justificado anhelo de poder” (García, Antonio, 2013, p. 54)

En tales condiciones, la reforma radical del Estado, de la economía y la construcción de una democracia “auténtica” sólo podrían ser conquistas revolucionarias, obtenidas “por imposición o por asalto, desplazando a las clases ricas como el agua de las esclusas cuando se le aplica una corriente de alta presión” (García, Antonio, 2013, p. 75). Aquí, García Nossa señala lo que bien podría ser la piedra angular de los programas políticos revolucionarios, pero que, paradójicamente, se ha convertido en su defecto trágico: la construcción de una estrategia de “asalto” del Estado en un sentido de ruptura histórica con las clases dominantes.

La democracia total: un proyecto pendiente e inacabado

Junto al problema de la reforma estatal, la democracia es otro de los puntos cardinales de la obra y reflexión estratégica de García Nossa. Para él, la democracia es, ante todo, un problema de todo o nada. El proyecto socialista debía defender la democracia como un problema integral: el de

la vida política; el de la vida económica; el de la organización del Estado; el del sistema representativo; el de la voluntad general; el del régimen y ampliación de libertades individuales; el de la administración de la propiedad privada y social; el del fortalecimiento de la esfera pública; el del bienestar y seguridad; el de la ética del servicio (García, Antonio, 1957).

García Nossa (1957) defendió, así, un concepto orgánico de democracia que integraba un análisis crítico de todos los factores que tienen conexión con el “sistema de vida”. He ahí, precisamente, el carácter artificial de nuestros regímenes políticos: “se montan sobre la fuerza y movilizan aluviones de votos para darse títulos de legalidad, sin embargo, no pueden crear un orden, un sistema de estabilidad y equilibrio” (García, Antonio, 1957, p. 6). De ahí que se preguntase cómo romper este círculo vicioso que impide la cohesión nacional, la organización racional del Estado y el funcionamiento de un sistema representativo y democrático.

En este punto, no dejó de ser crítico con las experiencias socialistas realmente existentes: mientras la democracia burguesa se encontraba en agonía, consecuencia de la reacción de las fuerzas más regresivas del capitalismo, la democracia proletaria no surgía como una solución estable. El problema no se definía simplemente con agregar mayor número de representantes (en el sentido liberal) ni de concebir el voto popular como un mandato que encarna la representación pública. Más bien, García Nossa parte de una posición integradora en la que se superara y sintetizara “dialécticamente todos los procesos y conceptos parciales, y que entiende y explica la democracia como un sistema de vida” (García, Antonio, 1957, pág. 9).

En ese sentido, resulta inútil debatir si en la creación de la democracia el punto de partida es la organización de la riqueza como un patrimonio común o la organización de la vida política para la libertad. No hay tal sentido de prioridad de los factores: los proyectos que se propongan la transformación social deben construir, indisolublemente, una democracia política para la libertad y una democracia económica para la

igualdad. A su vez, requieren una reforma democrática para una nueva cultura y una reforma cultural para una nueva democracia.

Precisamente, ni los bloques oligárquicos ni la burguesía industrial lograron transformar tal situación: en el caso de la oligarquía, confundían la capacidad de crear cultura con su capacidad de tener riqueza. No fueron élites “capaces de conducir el proceso de industrialización y desarrollo y promover la creación de un nuevo tipo de Estado nacional” (García, Antonio, 2013, p. 82). En el caso de la burguesía, existió una incapacidad de dirigir el proceso de industrialización en sus fases superiores “y su servil inclinación a asociarse a la inversión extranjera y aceptar los patrones coloniales de dependencia” (García, Antonio, 2013, p. 82)

Nuevamente, en este punto podría señalarse una profunda cercanía entre las reflexiones de García Nossa y Zavaleta Mercado: para el boliviano, el modo de organización de la vida política y económica por parte de las élites tendía a la negación de la autodeterminación nacional. Es decir, las élites eran una negación de la nación. Aquí es donde resulta clave pensar la impronta gramsciana de ambos pensadores: el desarrollo desarticulado de la historia entre élites y pueblo-nación es abordado, por ambos, desde la perspectiva de la reforma intelectual y moral de la nación y el problema de la unificación nacional (Cadahia, Luciana, 2019).

El sistema de poder tradicional en Colombia, desde el punto de vista de García Nossa (1957), no había construido vida republicana. Todo lo contrario: se habían convertido en estructuras que no cultivaban el estado de opinión democrática, sino que eran bandos de guerra civil. “No son partidarios para crear estados de consciencia, sino para crear estados de inconsciencia” (García, Antonio, 1957, p.59). Sobre la base de la ruptura nacional-popular (atada inextricablemente al odio y sectarismo partidista), han podido gobernar las élites y agruparse bajo sus privilegios.

Los sistemas parlamentarios-legislativos no funcionarían, en ese sentido, como órganos de representación popular, como tampoco resolverían

el problema de la organización democrática. Es un problema, pues, más que de la composición de la representatividad, del sistema mismo: “su carencia de vínculos y canales de penetración en la voluntad y necesidades del pueblo, su incapacidad para la vida republicana, son una consecuencia forzosa de la crisis del propio sistema” (García, Antonio, 1957, p.68).

De tal manera que la crisis orgánica de nuestros regímenes políticos no ha derivado en la transformación del Estado, sino que las propias élites se han blindado a través de distintas estrategias, entre algunas, la alternancia de los partidos tradicionales en el poder (una alternancia oligárquica y de cierre democrático). “Estas son las causas de que la democracia no tenga vida ni autenticidad; pero también la de que sus órganos representativos se hayan deshecho moralmente, al convertirse, en más o en menos, en un mercado de privilegios” (Antonio, Antonio, p. 63). Se trata de una democracia electoral guiada por el apetito del control de todos los mecanismos que cubren el proceso de voto y sufragio.

A este proyecto de restricción oligárquica, García Nossa opone el de la democracia nacional. La nación, aseguraba, “es un concepto derivado no solo de la comunidad histórica, sino de la manera como un pueblo utiliza solidariamente los recursos totales del mundo en que vive para hacerse presente en las necesidades de cada uno” (García, Antonio, 1957, p. 98). Desde esta perspectiva, las grandes aspiraciones internacionalistas de cooperación entre pueblos descansan, necesariamente, sobre la base de la realización política y democrática de la nación.

La oligarquización de la democracia ha depuesto, según Nossa (1957), los principios básicos de cualquier república y, en su lugar, ha creado un sistema para defender los intereses de las clases de arriba con los votos de la clase de abajo. Reaccionar contra esta peligrosa estrategia, advierte el economista colombiano, es hacer cultura política. Para Nossa (1957), este proceso solo es posible cuando se corresponda el destino del hombre con el de la nación: “el paso de la ciudadanía precaria a la ciudadanía

como identificación del hombre con el destino de su Nación y de identificación de la Nación con el destino de cada hombre”.

En este punto, nuevamente puede trazarse una relación entre el pensamiento de García Nossa y las reflexiones zavaletianas sobre el yo-colectivo (allí donde fracasa el individuo, fracasa la nación; donde fracasa la nación, fracasa el individuo). La idea de Nación surge, pues, como un sistema de vida solidaria: el nacionalismo revolucionario no supondría un obstáculo, una muralla contra el mundo, sino un puente de encuentro y vínculo con él. Es una conquista humana “que puede cambiar de función y de espíritu, y que, en consecuencia, no debe abandonarse, cajeándola por el mito de un proletariado unido sobre todas las fronteras” (García, Antonio 1957, p. 103).

La apuesta radical de Nossa consiste, pues, en la transformación dialéctica de lo nacional en busca de una nueva historia. La “verdad” social de las naciones no habría que buscarla desde arriba, en la cúspide de la pirámide: “hay que buscarla en los rincones del pueblo, en la aldea o en los suburbios, en el taller donde solo existen unas manos o en la estancia en la que solo trabajan las manos de padres e hijos” (García, Antonio, 1957, p. 108). Solo allí reside la “verdad social” de las naciones, de sus formas específicas de solidaridad y del anclaje social (relacional) del Estado.

En ese sentido, la Nación -como comunidad auténticamente solidaria- supone la realización plena de la democracia como orden económico, político, cultural y como una ética social (García, Antonio, 1957). No es posible construir un proyecto democrático total sin construir las bases de un proyecto nacional-popular. Para esto, sostiene García Nossa (1957), la reforma estatal es una pieza clave en ese proceso abierto de transformación: “es el problema de si la Nación puede funcionar como una comunidad de servicio y si el Estado -el nuevo tipo de Estado- puede adaptarse a ese objetivo de superación” (García, Antonio, 1957, p. 109).

Algunas consideraciones finales

A lo largo de este artículo, hemos intentado trazar algunas líneas generales sobre el pensamiento de Antonio García Nossa, especialmente, desde el problema de la democracia total y la reforma estatal en América Latina. Por esta y otras razones, el economista colombiano ocupa uno de los principales lugares en la teoría socialista y revolucionaria latinoamericana. Inevitablemente, su obra es expresión de la ilusión y al desencanto de los gobiernos nacional-populares o nacional-populistas, como también un arma para abordar los problemas de nuestra época.

Siempre advirtió que, detrás del reformismo liberal, se ocultaba una estrategia de preservación de las hegemonías tradicionales en el que se seguía negando la posibilidad de que un nuevo poder, salido de abajo y de adentro, se hiciera de la conducción y dirección del Estado. De allí que no tuviera prevención alguna en proponer una alternativa socialista para América Latina: el socialismo sería, desde su perspectiva, un sistema de vida que aseguraría el sentido humanista-colectivo de la economía y el valor trascendental de las libertades.

Para esto, los movimientos revolucionarios no debían reducir el proceso democrático ni la transformación estatal a una cuestión de reorganización doméstica, sino que debían integrar “el problema del comportamiento nacional frente a las estructuras de dependencia externa y a las múltiples formas de colonialismo” (Antonio García, 2013). García Nossa fue, en ese sentido, un pensador de las contradicciones cíclicas del capitalismo global, pero también un fuerte crítico del horizonte emancipador de las élites criollas y su “democratización parcial sin cambios estructurales”.

Tratamos, en ese orden de ideas, de ubicar los marcos de oportunidad y las razones del fracaso que identificó García Nossa en los proyectos populistas de mediados del siglo XX. Aun así, nunca dejó de reconocer los avances de la incorporación de las masas populares al Estado, sobre

todo, nunca dudó de que el proyecto socialista pudiese superar los estrechos límites del reformismo. Su trabajo, en ese sentido, permite pensar lo nacional-popular antes y después del nacionalismo populista.

Sin lugar a dudas, García Nossa ha sido el intelectual colombiano que mejor ha logrado ubicarnos en las discusiones latinoamericanas. Nuestra izquierda tiene una gran deuda con su pensamiento. Buena parte de sus preocupaciones político-intelectuales siguen siendo, también, las de nuestro tiempo y su obra, a pesar del olvido, sigue brindando luces sobre la nueva estrategia política socialista.

BIBLIOGRAFÍA

- Cadahia, Luciana. (2019). *La paradoja señorial (o la supervivencia de nuestras fantasías coloniales)*. En L. Cadahia, *El círculo mágico del Estado. Populismo, feminismo y antagonismo* (págs. 63-83). Madrid: Lengua de Trapo.
- García Nossa, Antonrio. (1957). *La democracia en la teoría y en la práctica*. Bogotá: ARGRA.
- García Nossa, Antonio. (2013). *Dialéctica de la democracia. Sistema, medios y fines: políticos, económicos y sociales*. Bogotá D.C.: Desde Abajo.
- Murillo, María. (Abril de 2018). Nueva Sociedad. Obtenido de Nueva Sociedad: <https://nuso.org/articulo/la-historicidad-del-pueblo-y-los-limites-del-populismo/>
- Zavaleta-Mercado, René. (2009). *El Estado en América Latina*. En R. Zavaleta-Mercado, *La autodeterminación de las masas* (págs. 321-355). Bogotá D.C.: CLACSO - Siglo del Hombre.



Mediaciones estatales

Antonio García Nossa y la tensión estratégica en el Estado

Daniel Felipe Barrera Arias*

“Todas mis doctrinas se resumen en una inmensa fe en el socialismo como sistema de vida económica y en el liberalismo como sistema de vida política, cuya gran síntesis universal -en una unidad superior, en la dialéctica del proceso histórico- habrá de asegurar el sentido humanista de la economía, el valor trascendental de las libertades y la integración de todos los derechos: civiles, político, sociales y económicos del hombre”.

Antonio García Nossa

La obra de Antonio García Nossa resulta difícil del encasillar. El riguroso, afilado y controvertido colombiano abordó un sin número de temas. Pionero de las primeras reflexiones sobre economía política y teoría política marxista en Colombia. Leerlo hoy es todo un reto, no sólo porque presenta un esquema sistemático y estructurado de su pensamiento. Acercarse a su obra es enfrentarse a una gran diversidad de problemas políticos y teóricos que se atrevió a discutir, precisamente, lo novedoso de su obra contrasta con la poca circulación que ha tenido en el mundo académico y editorial en su país natal. Su angustiante desconocimiento

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas.

en las facultades de ciencias económicas y políticas obedece al viraje político que han tomado las nuevas facultades dedicadas al estudio de la sociología, la economía y de la ciencia política, a razón de ello, los textos de Antonio García han quedado sobre un olvido “consciente” y político.

En todo caso, la obra de García Nossa puede ser adjetivada como poliédrica: existen por lo menos cinco núcleos temáticos centrales en sus reflexiones: 1) Los estudios sobre la geografía y su relación con la economía política; 2) los estudios antropológicos y sociológicos sobre el problema del indio; 3) los trabajos sobre la estructura de dependencia y la cuestión agraria en América Latina, el cooperativismo campesino y el imperalismo; 4) las investigaciones socio-políticas: la preocupación por la democracia total e indivisible, la organización y planificación socialistas, la filosofía política y el Estado de servicio; 5) a pesar de ser marginales, los estudios biográficos, los medios de comunicación y las críticas del modelo universitario vigente .

Al revisar los libros, textos y conferencias que conforman la voluminosa obra de Antonio García sobresale una particularidad que no ha permitido difundir las potencialidades conceptuales de su pensamiento. México es, quizá, el país que mayor recepción ha tenido de sus aportes, sin embargo, las contribuciones por las que más se ha extendido el pensamiento de Antonio García Nossa han estado vinculados con los problemas del subdesarrollo y la reforma agraria en América Latina, dejando, si no marginados, muy relegados las potencialidades políticas y estratégicas de su obra. Esto es especialmente grave para un autor que ha hecho de la estrategia política su pivote para pensar las grandes preocupaciones de su tiempo.

Justamente, resaltar sus apuestas políticas y socialistas colinda con el nudo gordiano que ha representado el abordaje del Estado en América Latina (un tema cargado de actualidad y de furtivo debate). Por esa razón, es crucial dimensionar las vertientes analíticas que nos ofrece la obra de García Nossa sobre el debate del Estado latinoamericano: sus tensiones

políticas, los marcos de acción y los cercos que se imponen o habilita a la emancipación social. En este caso, nos interesa reflexionar sobre la figura del Estado en la obra de García Nossa, más allá de las fórmulas propuestas del comunismo oficial como aparato de dominación de clase y más acá del espejismo sobre el que los pensadores liberales y burgueses han situado al Estado latinoamericano, negando la dependencia histórica y soslayando su carácter de clase. Al igual que García Nossa, este texto problematiza el Estado, entendiendo que sus conceptualizaciones están siempre motivadas por pretensiones estratégicas y políticas.

Abordaje y praxis. Realismo dialéctico como método de interpretación del Estado

En un momento en que la disciplina económica sostenía una orientación de manejo fiscal y empresarial, el brillante polemista Antonio García Nossa abogó por una lectura sistémica, histórica e integral. La ausencia de estudios críticos, históricos y políticos mostraba la incapacidad de la economía por ofrecer una alternativa a los problemas que aquejaban la región latinoamericana.

Si para las élites y sus intelectuales la economía era la ciencia que administraba las finanzas del Estado, la política, entonces, era la práctica que propendía a la elección de sus mejores representantes para que tomaran decisiones reemplazando al colectivo (una forma de representación democrática de un pueblo ausente). De esta manera, ambas disciplinas se encontraban irremediabilmente atadas al Estado, presos del estado-centrismo. Por ejemplo, la forma en la que los ideólogos burgueses pretendían solventar el problema del desarrollo y el subdesarrollo, pues, sólo la presencia estatal garantizaba el avance económico de las endebles naciones latinoamericanas, como si la etapa del subdesarrollo que atravesaban las incipientes naciones de la región estuviese explicada por la tenue penetración de las instituciones del Estado moderno.

En el fondo, lo que expresaba las elites, como bien evidenció Nossa (1980), era el deseo de operar dentro de los límites estrictos del esquema liberal-desarrollista, privilegiando los problemas del crecimiento económico (noción puramente cuantitativa, positiva y lineal, expresada en la tasa de incremento del producto por habitante), a costa de aplazar la posibilidad de comprender y resolver los problemas estratégicos del desarrollo y la dependencia (concepción cuantitativa- cualitativa y que engloba la totalidad de condiciones históricas de vida de una sociedad).

De lo que se trataba era de presentar el desarrollo de los países como estadios de avance y progreso económico al que los países asisten a medida que adquieren actitudes, expresiones y prácticas propias de las instituciones demo-liberales: elecciones regulares y transparentes, oposición real, apertura económica, competitiva internacional, formalización de las relaciones de producción capitalista. En los países capitalistas, la variable Estado era medible, regulada y formalizada para evidenciar el éxito o fracaso de la etapa de desarrollo.

Con aquel método de interpretación dialéctica de la realidad Nossa también pensó la figura del Estado. Fiel a su marxismo propositivo se negó a aceptar el marxismo como una doctrina absoluta, sacrosanta, por el contrario, se empeñó por concebir la dialéctica como un método que historiza la realidad. En palabras del prólogo elaborado por Pablo Guadarrama (2006), “la dialéctica [tal como lo evidenció Nossa] expresaba el contenido creador de la naturaleza humana capaz de engendrar nuevas realidades transformando todo lo existente incluso el propio hombre” (p. 35).

En *El realismo dialéctico de la historia* (1980), el pensador colombiano aborda con precisión la cuestión del método, la aplicación idealista y materialista de la dialéctica en el estudio de la historia, para demostrar que, al partir desde el *a priori*, se transforman las verdades históricas en verdades absolutas, modificándose cualitativamente el método dialéctico en una actitud reactiva e impenetrable y anulándose su facultad crítica

y su libertad interpretativa de la realidad. Eso explica sus reveses con el idealismo hegeliano, así como su fructífera crítica al economicismo dominante y a una interpretación no ortodoxa del marxismo:

“Desde luego, estas reflexiones metodológicas una aplicación no sólo una visión dialéctica de la sociedad y de la historia, sino una visión dialéctica de la dialéctica. entendiéndola como un método de descubrimiento e interpretación de la praxis histórica, definida ésta como una compleja trama de interrelaciones, cuyas leyes y cuya unidad no es posible transformar en verdades absolutas y atar dogmáticamente a un a priori, idealista o materialista. Se parte, entonces, de una concepción abierta, crítica y multinacional de la dialéctica histórica” (García, Antonio, 1980, p. 216)

Con el método de interpretación dialéctico lo que pretendía Nossa era construir una teoría de la “reintegración del saber social”. Comprendió que ni en la teoría ni la práctica se podría encerrar en esquemas ahistóricos, pues en la realidad los fenómenos sociales son siempre multicausales y, por tanto, interdisciplinarios. Lejos de cualquier economicismo vulgar tan difundido en la década de los 60’, pero también distanciándose de la noción de particularismo tan defendida hoy en los círculos de los autores postestructuralistas. Ni lo uno ni lo otro, para Nossa era clave asimilar que los problemas sociales no se encuentran determinados exclusivamente por la economía, sino condicionados de manera parcial por la estructura económica. De esta forma, el método le impone la responsabilidad al investigador de indagar por el grado de condicionamiento que ejerce este sobre otras determinaciones sociales, culturales y políticas.

Así, la dialéctica, en términos metodológicos, le permite realizar un análisis del Estado asentados en dos elementos fundamentales: el primero, está vinculado con la posibilidad de pensar el Estado bajo coordenadas históricas, ya no se trata de elaborar una teoría general del Estado en mayúsculas, por el contrario, la tarea es reflexionar sobre el Estado en un arco histórico preciso, entendiendo las latencias y las tendencias históricas de las lógicas estatales. A simple vista, esto resulta un problema para el marxismo soviético que despreciando la dialéctica le achaca a los

análisis sobre el Estado cualidades inmutables, permanentes y ahistóricas, fiel a universalismos chatos.

El segundo aporte fundamental del que nos provee el abogado colombiano está ligado a su facultad de pensar el fenómeno estatal por fuera del economicismo dominante. De esa forma, la dimensión política no es un mero reflejo de las relaciones sociales de producción, si bien la economía determina parcialmente las relaciones de dominación política institucionalizadas, el Estado es siempre más que la traducción de aquellos vínculos de explotación económicas presente en el capitalismo desarrollista.

Llegamos a la conclusión final de que, hasta hoy, el Estado ha sido un órgano de opresión de clase; lo que no equivale a decir que solamente sea un órgano de opresión y que no pueda ser una cosa distinta. No es posible aceptar el silogismo comunista de que, si el Estado ha sido históricamente un instrumento de dominación de clase y la sociedad comunista es una sociedad de sin clases, el Estado ha de desaparecer por marchitamiento” (García, Antonio, 1957, p. 292)

Abordar dialécticamente el análisis del Estado implica dejar de pensar como una entidad abstracta e impenetrable, no sólo tomar como puntos de análisis los efectos económicos y materiales, se trata de empezar a comprender el Estado en medio de constelaciones socio-históricas, como un espacio y actor en pugna, sujeto a los avances y retrocesos de la acción social colectiva. En esa dirección, para Nossa (1957), un análisis del Estado implica una doble mirada; “lo que nos demuestra que problema del Estado puede descomponerse en dos partes; lo que tiene que ver con su propia estructura; y lo que se refiere a las condiciones de la sociedad” (p. 302).

No es casual las desavenencias que sostuvo Nossa con las tesis revisionistas encabezadas por Bernstein. Para estos autores, el Estado debía comprenderse como un proceso evolutivo, una concepción alimentada por el optimismo de la democracia parlamentaria y el avance del “voto universal”. Una vez más, esta comprensión analítica del Estado se encontraba

desprovista de toda dialéctica, asumiendo un evolucionismo histórico que resulta determinante para justificar la vía estatal-parlamentaria al socialismo. Al negar la dialéctica, los revisionistas hacen del Estado un fenómeno ahistórico, pues se conforma como un espacio de negociación-transacción y deja de ser arena de luchas socio-políticas.

Pero negar la tradición hegeliana, implicaba para Nossa no concebir la relación dialéctica entre la lógica estatal y la acción social colectiva, pues la lógica estatal era siempre retardataria, siendo imposible destacar su rol creador. El Estado, en ese sentido, sólo podría cumplir un rol coercitivo y represor. Nossa (1980) señala los problemas de no historizar el Estado: esta es la operación de “desmitificación del Estado, ya que tiende a analizarlo críticamente, no como una esencia a la manera escolástica-ni como una abstracción jurídica, a la manera racionalista liberal- sino como una criatura histórica” (pág. 215). Esto explica porque Nossa afirma que “lo que conocieron los marxistas de hace un siglo fue un Estado de poder, agresivo y violento, que había perfeccionado los instrumentos de represión de la época del absolutismo” (1980, p. 298).

Lo que describe García Nossa (1957) evidencia que existen coyunturas en las que las grandes conquistas son asumidas por el Estado y se les debe “infundir un nuevo espíritu, una nueva dirección humana” (p. 299) y ser histórico. A eso hace referencia el tránsito del Estado de poder al Estado de servicio: se trata de mostrar que hay conquistas sociales que son aperturas estatales, enviones de democratización en las que el Estado se presenta como una estructura de servicio, se pone por delante del movimiento social, por supuesto, esto no se encuentra determinado a priori, es decir, para Nossa era central pensar la lógica estatal sumergida en las disputas sociales de su época.

La dosis de dialéctica permite racionalizar las potencialidades emancipadoras que subyace del Estado en contextos de atraso o subdesarrollo. El Estado deja de ser el Estado oligárquico para transformarse en Estado de servicio: gracias a la dialéctica Nossa puede darle un viraje al análisis

del Estado, comprender la dinámica del Estado en contexto de dependencia, demostrando que el Estado en ciertas ocasiones puede ser vanguardia de las conquistas sociales, esto es algo que sin el método de interpretación dialéctica sería imposible analizar. En contraposición de la esencia de opresión del Estado que tanto le recalcan, Nossa caracteriza la dialéctica como un proceso colectivo que historiza y permea al Estado de fuerzas sociales volitivas.

El Estado -como todas las instituciones- no ha tenido el mismo carácter en la historia: ha ido mudándose en sus órganos y en su dimensión, de acuerdo con las transformaciones de la vida social. No podemos comparar el Estado griego -en los primeros momentos de su formación orgánica- con el Estado nacional que surge de la revolución capitalista. Ni tampoco puede en un mismo plano al Estado absolutista de hace tres siglos y al Estado de hoy dotado de nuevos e insospechados órganos de servicio.” (García, Antonio, 1957, p. 289).

Del Estado de opresión al Estado de Servicio

Al haber aplicado la dialéctica al Estado, Nossa (1971) fue capaz de pensar el Estado es, ante todo, historizar el Estado. Por eso, jamás se preocupó por elaborar una teoría general del Estado aplicable en todo contexto, más bien, propendió por una teoría sobre el Estado vinculado con el despliegue en la sociedad y reconociendo sus hibridaciones políticas e institucionales. Lejos de cualquier empaquetamiento conceptual, pues, “los esquemas históricos han servido, generalmente, no tanto para facilitar la comprensión del proceso de las instituciones, como para negarlo, convirtiendo cada forma en un arquetipo cerrado” (García, Antonio, p. 289).

De allí que el pensador colombiano no dote al Estado de una esencia o naturaleza última, sino que lo piense en medio de un marasmo de relaciones sociales, tensiones políticas y conflictos de clase. Sus reflexiones apuntan a que “el Estado es una constelación fija que no puede cambiar de contenido y que, en consecuencia, está inevitablemente condenado

al desmantelamiento” (García, Antonio, 1971, p. 316). Para Nossa la respuesta es clara: si se estudia el Estado sin la dialéctica, es una especie de animal inerte con una configuración exclusivamente de clase y coercitiva, pero tan pronto como se analiza el Estado en clave dialéctica se divisa los matices y variaciones históricas del proceso estatal en los diversos contextos sociales, por tanto, el Estado es una especie de figura caleidoscópica y porosa.

Pero no hay que caer en equívocos, es claro que para Nossa el Estado es y ha sido una estructura de opresión y un órgano al servicio de la clase dominante, que no es lo mismo a afirmar que sólo pueda ser eso. Su crítica es heterodoxa al romper con la tradición del marxismo imperante de su época, pues, según Nossa, esta tradición ha confundido la función coercitiva del Estado con la esencia de toda organización estatal. Su labor consiste, entonces, en teorizar la transición del Estado de opresión al Estado de servicio, se trata de pensar los nuevos ingredientes: órganos de servicio y economía para la vida. Aquella transición tiene por lo menos tres elementos vitales.

Desaparece el Estado como estructura de opresión social y se crea un nuevo tipo de Estado, fundamentado en estos tres elementos: la participación directa de las clases trabajadoras en los diversos organismos de conducción económica y política; la organización de una estructura de planificación y de servicio; y el desarrollo de una nueva conciencia social. Son estos los elementos que expresan la verdadera naturaleza de la socialización del Estado, la que puede analizarse, dialécticamente” (García, Antonio, p. 314).

El Estado de servicio (que es contrario al Estado oligárquico y señorial) abandona la pretensión de imponer de forma autoritaria unas reglas de juego o de una exigencia del orden vertical y empieza a transformarse en un “órgano de autorregulación y servicio de la sociedad misma” (García, Antonio, 1957, p. 302). Aquella estructura de servicio reconoce que no sólo se trata de conquistar las transformaciones sociales, el quid del

asunto está en desarrollar esas conquistas sociales e infundirles un nuevo horizonte político y humano.

Precisamente, al reconocer las variaciones socio-históricas que tiene el Estado, Nossa (1977) evidencia las formas en las que el Estado varía su posición frente a la empresa y la economía capitalista. Por ejemplo, analizando su permanente transformación, el ensayista colombiano reflexiona sobre la relación que sostuvo el Estado con la política mercantilista en la época manufacturera, donde el Estado asumía una minuciosa reglamentación y protección: “cuando una empresa puede manejarse sola -guiada por la brújula de su propio interés- quiere hacer todo sin el Estado, determinando el apareamiento del liberalismo, como ideología anti-intervencionista” (García, Antonio, 1957, p. 290).

De manera incipiente, Nossa se adentra a pensar el grado de autonomía que sostiene las relaciones de producción capitalistas y las elites oligárquicas con la agencia estatal. Para Nossa, es clave determinar la independencia de la acción estatal, de ahí que el interés del pensador colombiano se centre en reflexionar sobre la relación entre el Estado y la internalización del capitalismo dependiente: las fuerzas endógenas y exógenas del desarrollo. Que no es lo mismo a afirmar la separación entre economía y política como argumentaban los pensadores liberales, más bien, reflexionar sobre la agencia que disputa el Estado frente a la economía capitalista para tomar decisiones poco beneficiosas para el capital pero que garanticen la perdurabilidad del Estado:

La participación directa de las diversas fuerzas sociales en la gestión económica y en la gestión económica y en la conducción del Estado, es la fuerza capaz de impedir la formación de un nuevo sistema de clases dominantes o elites privilegiadas” (García, Antonio, p. 317).

En el fondo, lo que sustenta Nossa es el desdoblamiento social del Estado, pues, presenta una tensión irresuelta frente al desarrollo dependiente: en algunos contextos, su intervención puede ser un impulso democratizador, reconociendo avances sociales, garantizando los derechos

humanos y regulando el mercado. En otros, el Estado cristaliza desigualdades, salvaguarda los monopolios y solidifica el orden social más apto para el capital internacional.

Teorizar el lente estratégico del Estado: el momento leninista de García Nossa

Como Lenin, Nossa siempre tuvo un interés estratégico en la teoría. Ambos revolucionarios comprendieron con gran anticipación que su interés en el Estado no era una simple ambición conceptual, era ante todo una preocupación por la estrategia política. Resulta clave, entonces, reflexionar sobre el Estado sumergido en el campo político-estratégico, un punto común en el que se percibe el momento más leninista de Nossa, abandonando la noción de dualidad de poderes y colindando con estrategia político-estatal procesual y revolucionaria, así como en su distancia con los anarquistas.

Debido al auge del estructuralismo francés la teoría del Estado había desembocado en un instrumentalismo cerrado, monolítico y autosuficiente. Se reflexionaba sobre el Estado como una categoría transitoria para pensar la revolución socialista, un momento fugaz por el que todas las grandes transformaciones sociales debía superar o suprimir, en ello coinciden comunistas y anarquistas. De allí que pese a las novedosas teorizaciones sobre el Estado (entre ellos Althusser y su teoría sobre los aparatos ideológicos de Estado, una teoría muy innovadora para su tiempo) las lecturas que predominaron sobre el Estado se afinan en situaciones teóricas y puramente conceptuales. Lejos estaban los más lúcidos teóricos de pensar el Estado por fuera del prototipo de conformación del Estado nación europeo, mucho menos barajaron la posibilidad de crear una teoría del Estado sujeta a las latencias históricas y sociales, propia de las experiencias estatales no europeas. Es cierto que existieron algunas excepciones como es el caso de Gramsci, pero esta no significó la norma,

Fiel a su espíritu crítico y confrontacional, el revolucionario encaró sus diferencias políticas sobre los abordajes estratégicos del Estado provenientes del viejo continente, cuestionando las tendencias anarquistas y estatistas. Con la primera tradición, Nossa (1957) argumentó: “la fórmula anarquista es la de hacer la revolución para destruir el Estado con todo orden de injusticia” (pág. 297). En una posición similar, el autor de *El Estado y la Revolución* calificó de filisteos a los anarquistas que pretendían, presos de un “embrollo ideológico” abolir el Estado” (Lenin, Vladimir, 1962, p. 83). Lenin (1962) apunta con dureza y claridad: “pero los antiautoritarios exigen que el Estado político sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las relaciones sociales que lo hicieron nacer” (p. 68)

Lo cierto es que tanto Lenin como Nossa vislumbran el atolladero estratégico que supone las reflexiones anarquistas, es claro que, según sus análisis, el Estado no va a desaparecer de forma inmediata, pues como una condensación social implica una desestructuración progresiva. No basta simplemente con negar su penetración en la sociedad, el Estado es un órgano mucho más complejo y se encuentra mucho más empotrado en la sociedad de lo que estarían dispuestos aceptar los anarquistas y sus ideólogos. En el fondo, como argumenta Nossa (1957), “la abolición del Estado corresponde a la creencia de que el ideal democrático está a nuestras espaldas; en esos periodos semi-bárbaros en los que el pueblo directamente ejercía su propio gobierno” (p. 300). La abolición del Estado termina por convertirse en un retorno nostálgico del pasado, es el sueño romántico de vivir en comunidades idílicas donde prime la democracia directa, el mito de la democracia sin intermediarios. De esta manera, la extinción del Estado propuesta por los anarquistas, es igual a la supresión de lo político.

El otro gran derrotero sobre el que Antonio Nossa (1957) deja caer el peso de su crítica es sobre la fórmula “ocupar el aparato de poder”: pues no se trata sólo de ocupar o de un reemplazo de administradores del Estado. Su tesis, por el contrario, insiste en la posibilidad, no de formar un

semi-Estado, tampoco sugerir un No-Estado, sino “lo que opera es un cambio de substancia histórica” (García, Antonio, 1957, p. 299). Ese cambio de substancia histórica se divide en la lectura estratégico- política: contrario a Nossa, para los comunistas ortodoxos con lo que discute el pensador colombiano, la toma y utilización del aparato represivo-burocrático es ineludible para garantizar las transformaciones de la revolución proletaria.

Por su parte, Lenin (1962) dejó ir su pluma contra aquellos oportunistas que hicieron del parlamentarismo la estrategia para mantener indeleble la figura del Estado: “toda vez que admite la conquista del poder sin destruir la máquina del Estado” (p. 118). Lo que pretendían era osificar la revolución en el Estado. Con justa razón, los dos teóricos marxistas criticaron abiertamente el parlamentarismo: de allí que Nossa y Lenin, en su relectura de los acontecimientos de la comuna, llamen la atención sobre los riesgos de estatizar la estrategia política de la revolución: “la idea de Marx consiste en que la clase obrera debe destruir, romper la “máquina estatal existente y no limitarse simplemente a apoderarse de ella” (Vladimir Lenin, 1962, p. 41).

En momentos de alta conflictividad social (que es precisamente el contexto en el que se inscribe las reflexiones de Lenin y el que augura Nossa) el Estado no puede ser simplemente remplazado, por tanto, para ambos comunistas, la fórmula del no- Estado o de dualidad de poderes como estrategia revolucionaria debe abandonarse, no sirve trabajar con formas de organización socio-políticas paralelas al Estado. Esto es clave, ya que Lenin y Nossa notan con precisión que cuando la socialdemocracia se apodera del aparato de dominación, parecen leer el Estado en términos estratégicos como un ente de administración de cosas: se refieren al Estado como un gerente que dirige y organiza tareas conjuntas, olvidan el rol simbólico y social que asume el Estado. De allí que Nossa (1957) sostenga que:

“ni el Estado desaparece por el hecho de que se entregue a la administración de cosas, ni es claro por qué todo ha de convertirse en una administración de cosas, ni la desaparición de las clases conlleva necesariamente la extinción de cualquier tipo de Estado”. (pp. 298-299).

Por su parte, Lenin (1962) (citando en extenso un pasaje del Anti-Dürigh de Engels en su libro *El Estado y la Revolución*) sostiene que:

“La intervención del poder estatal en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será “abolido”: se extinguirá”. (p. 19).

El rescate de Engels y de la tradición de la comuna francesa teorizada principalmente por Marx, pero reivindicada por Lenin expresa la preocupación de las revoluciones en el siglo XX: “todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla y destruirla”. No obstante, se pregunta: “¿Con qué sustituir la máquina del Estado, una vez destruida?” (Lenin, Vladimir 1962, p. 45). Su respuesta se afina en las experiencias históricas de la comuna parisina: para Lenin, la comuna es lo contrario al imperio y lo más cercano a la república. La comuna es la posibilidad de desleír el Estado, pero no para sustituirlo, sino para desformalizarlo, permitiendo sustituir el parlamentarismo, pero no las instituciones de representación y decisión política. El Estado “en vez de una fuerza especial para la represión, entró en la escena de la población misma” (Vladimir Lenin, 1962, pág. 72). Precisamente, esta penetración de las instituciones evoca la sustitución el Estado “por la conquista de la democracia”.

Por tanto, al destruir la maquina estatal, la comuna sustituye aparentemente “solo” por una democracia más completa: supresión del ejercito permanente y completa de elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad, este “solo” representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de tipo distinto en esencia. Nos hallamos precisamente ante un caso de” transformación de la cantidad en calidad”: la

democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que pueda concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.” (Lenin, Vladimir, 1962, p. 47).

En este punto, es clave discutir la noción de lo que implica como estrategia política el termino destruir, pues, si bien Lenin la utiliza en varias ocasiones, se refiere a destruir el Estado parasitario, se trata de conservar un espíritu y una lógica comunal en la que el Estado reposa, sin embargo, ya no se revela como un contrapeso a un poder estatal que ahora es superfluo, esto es, la destrucción o sustitución del Estado, lo que genera es el compromiso máximo con la democracia y sus valores participativos, asociativos propios del autogobierno popular, cimentado en la anulación de los principios de jerarquía y formalismo típicos del Estado burgués (como si el Estado y sus instituciones sociales se realizaran en la potencialización de la democracia).

Una vez más, Nossa y Lenin parecen coincidir en términos estratégicos: como ya se ha mostrado, en ambos pensadores las diferencias con “la noción anarquista de una sociedad espontánea” (García, Antonio 1957, p. 299) saltan a la vista. El otro punto de encuentro se da en el afinamiento y exaltación de los valores democráticos: en palabras de García Nossa (1957) “ya no podrá conquistarse la libertad sino por medio de la democracia” (pág. 301). En ese sentido, García Nossa (1957) comprende “este tipo de Estado, a diferencia de los que han existido en la historia no es característicamente una estructura de poder, ni una cosa distinta a la sociedad, sino el órgano de autorregulación y servicio de la sociedad misma” (p. 302).

Entonces, la tarea estratégica es evitar el parlamentarismo estatista y la insurgencia anarquista. La proyección del nuevo fenómeno estatal empieza a parecer cuando la democracia alcanza sus mayores cualidades. Para el caso de Lenin (1962), estas cualidades residen en las lecciones históricas de autogobierno popular y desformalización del Estado en el

régimen comunal, mientras que en Nossa, se trata de desmontar los elementos coercitivos y constitutivos del Estado moderno para incorporar los órganos de autorregulación y servicio de la sociedad democrática propiciando una economía para la vida.

Sin embargo, la disputa contra la vieja máquina estatal apunta a un proceso de reabsorción de las antiguas tareas estatales (ahora en manos de la sociedad), reinstaurando el protagonismo del cuerpo social en el marco de la autogestión. El nuevo Estado pretende construirse como el nuevo órgano de gestión de los asuntos comunes, de ahí que su primera medida sea la de liquidar los órganos de represión y violencia, al tiempo que fortalece el vínculo político-asociativo-representativo con sus asociados.

De esta manera, lo que se denominó como el momento más leninista de Antonio Nossa colinda como el lente en el que ambos pensadores abordaron la estrategia política y su relación con el Estado. De allí que, pese a sus diferencias conceptuales y contextuales, ambos pensadores y revolucionarios intenten preservar el interés por historizar el Estado, reconociendo sus límites, exhibidos con mayor claridad en la práctica estratégica parlamentarista y anarquistas. Esta es la razón por la que el comunista colombiano y el ruso entienden que la estrategia de la dualidad de poderes termina por fracasar al no comprender la penetración y adscripción del Estado en la sociedad.

A contrapelo, su estrategia promueve una comprensión del Estado como una configuración histórica porosa, abierta a las fisuras, por tanto, tomar o asaltar el Estado es poco viable. La revolución en estas condiciones requiere un ejercicio en dos sentidos: en las transformaciones estructural y en el núcleo de la sociedad. Este segundo escenario de acción permite desleír el Estado en la democracia, transformando el centro gravitacional del Estado coercitivo al Estado de servicio, se trata de desformalizar el Estado, arrebatándole sus funciones, ahora administradas en la comunidad y fortaleciendo el lazo político entre la lógica estatal y la sociedad.

Su cercanía teórica, política y estratégica refleja una sorprendente cercanía metodológica: para ambos autores, el método dialéctico permite teorizar sobre lo acontecido, no se hace teoría sobre una realidad prefabricada. A contracorriente, Lenin y Nossa hacen de las experiencias históricas el edificio sobre el cual cimentan sus reflexiones acerca del Estado. Justo por esta razón, las frases con las que ambos terminan sus textos resultan muy similares y poco casuales: en el caso de Nossa (1957) “lo cierto es que primero se creará históricamente ese nuevo Estado y después se hará su teoría” (p. 302) y, en el de Lenin (1962), “es más agradable y provechoso vivir la “experiencia de la revolución” que escribir acerca de ella” (pág. 133).

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Carlos A. (2019). *Lecciones de Teoría Crítica*. Bogotá: desde abajo.
- Lenin, Vladimir. (1962). *El Estado y La Revolución*. Bogotá-Colombia: Suramérica.
- Nossa, Antonio García. (1949). *Problemas de la nación colombiana*. Bogotá: Ediciones cultura popular.
- Nossa, Antonio García. (1957). *La democracia en la teoría y en la práctica*. Bogotá: AGRA.
- Nossa, Antonio García. (1971). *La Dialéctica de la democracia*. Bogotá-Colombia: Ediciones Cruz del Sur.
- Nossa, Antonio García. (1980). *¿Comunicación para la dependencia o para el Desarrollo?* Quito-Ecuador: Ediciones CIESPAL.
- Nossa, Antonio García. (1977). *Una vía socialista para Colombia*. Bogotá-Colombia: Editorial Guadalupe.
- Nossa, Antonio García (2006). *El realismo dialéctico en la Historia*. Bogotá: Humanismo y Sociedad.
- Guadarrama, Pablo. Guadarrama, a (2014). *Antonio García Nossa y/en las Ciencias Sociales en América Latina: El Conflicto Ciencia e Ideología*. Revista Amauta, 25-40.
- Tamayo, Julián Sabogal (2003). *Antonio García Nossa, un pensador latinoamericano*. Utopía y Praxis latinoamericana, 73-85. N-8.

Tamayo, Julián Sabogal (2004). *El pensamiento de Antonio García Nossa. Paradigma de independencia intelectual*. Bogotá-Colombia: Plaza & Janes.

Therborn, Goran (1979). *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo*. Madrid-España: Siglo XXI.





Rosa Luxemburg

Su influencia en el socialismo colombiano¹

Ricardo Sánchez Ángel*

Lo esencial del pensamiento de Marx-Engels, Rosa Luxemburg sobre la democracia puede sintetizarse en los siguientes aspectos:

1. La democracia es una forma política y estatal que responde a procesos históricos desiguales y combinados, y por ende, no se reduce a una forma abstracta aplicable como modelo a realidades espacio-temporales disímiles. Como tal la democracia va a tener una forma constitutiva y evolutiva.
2. El pensamiento crítico sobre la democracia, en palabras de Rosa, sabe diferenciar adecuadamente el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, dado que en el capitalismo con la libertad y la igualdad formales se busca encubrir “el duro contenido de desigualdad social y la falta de libertad” (Rosa Luxemburg, 1976).
3. El proceso histórico debe orientarse hacia una transición en que la democracia no se elimina, sino que se amplía, se vuelve más real, “se debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas... bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política consciente de la masa popular” (Luxemburg, Rosa, 1976).

* Invitado del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas. ” para participar de este dossier.

¹ Especial para la Revista Aquelarre en el número homenaje al maestro Antonio García Nossa.

4. El único camino, dice Luxemburg, pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Y en relación a los disidentes u opositores, polemizando con Lenin y Trotsky, afirma: “La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente” (Luxemburg, Rosal, 1976).

5. La democracia debe relacionarse con los valores, con los derechos humanos en que la vida y su dignidad es el principio ordenador para actuar por la justicia social en clave de Derechos. En La cuestión judía, Marx no rechaza la emancipación política, la ciudadanía que conquistó la Revolución Francesa, sino que señala que es limitada, recortada, ya que no ofrece la emancipación social, y por ende, la superación de la explotación. Se debe transitar hacia la igualdad material en el marco de la diversidad. La libertad implica superar la opresión de todo orden, la humillación y la ofensa. Colocar a las mujeres de toda condición cultural y étnica, entre nosotros afrodescendientes, indígenas, rom y trabajadoras de todos los colores, en condiciones ciertas de lograr igualdad, es decir de ejercer la libertad en su plenitud. Liberarse de la explotación es el paradigma de la libertad como expresión de la diversa dignidad humana. Esta perspectiva anterior implica la crítica al fetichismo jurídico, a la alienación de la vida a la ciencia y artes instrumentales. A concebir la cultura en todas sus dimensiones como un campo de lucha, se trata de la dinámica de la emancipación en todas sus dimensiones.

6. En el horizonte de la Democracia el tránsito al socialismo como superación de la explotación capitalista, del sexismo, el racismo, la humillación y la ofensa no opera contra la democracia sino contra la dictadura del capital y el Estado. Es un proceso de transición territorial y social, de abajo arriba, de la región y la periferia al centro y las capitales. Rosa Luxemburg indagó sobre esto en muchas direcciones: como control obrero, público, de debate abierto, sufragio universal, consejos de distinta conformación, órganos de poder dual, comunas, construcción de gobiernos locales y nacionales. Todo esto contextualizado en su formación dialéctica de reforma y revolución, y la estrategia de huelga de masas. Temas a los que dedicó dos de sus libros más destacados.

En el pensamiento de Rosa el espontaneísmo de los trabajadores es elemento creativo y democrático clave, indispensable, del cual emana toda

la sabiduría política que hace posible la revolución socialista. La espontaneidad es creatividad de las masas en lucha, en despliegue de sus iniciativas, donde el programa, la política, los dirigentes y las organizaciones viven su momento de prueba decisiva. Donde la teoría y la reflexión se nutren de las experiencias, de los avances y derrotas. En el principio fue la acción, decía Rosa, repitiendo a Fausto, ella que era doctora en ciencia política y notable teórica del marxismo. Se trata de una teoría radical de la democracia como política emancipadora construida por los trabajadores en sus experiencias, sus praxis colectivas. Una versión propia del partido de los trabajadores, diferente a la de Lenin y Trotsky, que tiene su correlato en el socialismo. Luxemburg enunció para ello el aserto: *No hay democracia sin socialismo, no hay socialismo sin democracia*. De hecho, su pensamiento fue el primero y mejor elaborado para criticar los aparatos burocráticos de los sindicatos y la socialdemocracia alemana.

Sabemos que el socialismo debe inscribirse en esta reflexión y ser al mismo tiempo internacional. Debe hablar colombiano y latinoamericano, acudir a sus orígenes, tradiciones experiencias y proyectarse a la sociedad mundo. Sabemos que debe usar las ciencias y las técnicas, la creatividad para acompañar la planeación democrática de la economía y la sociedad. Los gobiernos y las instituciones deben expresar y descansar en los trabajadores, con el principio sagrado de que las élites, profesionales y dirigentes deben servir y no usufructuar en la gestión pública.

Sabemos qué no debe ser el socialismo. El modelo estalinista de los socialismos realmente existentes con su cortejo de fracasos y crímenes no es el socialismo, como tampoco la conversión socialdemócrata de gobernar y administrar el capitalismo. Sin este deslinde de posturas el socialismo está contaminado y los trabajadores hacen bien en no respaldar las propuestas que inequívocamente no rechazan el 'comunismo' burocrático y los cantos de sirena de la social-democracia.

Hay una presencia de las ideas y la praxis de Rosa Luxemburg en Nuestra América y en Colombia. En su momento José Carlos Mariátegui llamó la

atención sobre su importancia². En Colombia, su libro científico en economía *La acumulación del capital* (1933), tuvo una influencia notable en los maestros del socialismo: Luís Eduardo Nieto Arteta, cita ampliamente a Rosa en sus escritos económicos, es claramente luxemburguista. Antonio García destaca en primer lugar su aporte entre los científicos sociales heréticos, dice: “Por el camino del análisis dialéctico, Rosa Luxemburgo, Baran o Sweezy descubrieron no solo la morfología, sino las raíces históricas del atraso.” Y afirma: “El aporte fundamental de Rosa Luxemburgo consistió en mostrar el papel esencial desempeñado por las *naciones no capitalistas* como *mercado suplementario* y elemento condicionante de la acumulación en el sistema capitalista, si bien partió de la hipótesis equivocada de identificar *países atrasados y dependientes con países no capitalistas*” (García, Antonio, 2006, p. 72).

Desde su cátedra de teoría y política de comercio internacional en la Universidad Nacional en los años cuarenta, y en sus lecciones recogidas en el libro *Bases de economía política* (1984), García destacó a Rosa Luxemburgo como una de las grandes teóricas del marxismo. Allí afirma:

“Es corriente encontrar este mismo juicio en los grandes teóricos del marxismo. Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital*, [en el apartado *La lucha contra la economía campesina*] analiza certeramente los elementos que constituyen la “coyuntura revolucionaria” del capitalismo norteamericano: los transportes, la presión financiera, la industrialización de la agricultura, la circulación monetaria, la organización privada de los capitales, el desarrollo mecánico” (García, Antonio, 1984, p. 274).

Por su parte, Gerardo Molina en su *Breviario de ideas políticas* (1982), en el capítulo sobre *El Revisionismo*, sigue de cerca los lineamientos de *Reforma y revolución* y los alcances del socialismo de esta gran dirigente. A Molina pertenece este criterio:

2 Ver: Sánchez, Ricardo. *El Ángel de la Revolución*. Ponencia en el V Seminario Internacional Marx Vive. Alternativas y gobiernos alternativos en América Latina. 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre de 2006, Bogotá Universidad Nacional de Colombia / Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

“En un folleto aparecido en Alemania al término de La primera guerra mundial y que se atribuyó con fundamento a Rosa Luxemburgo, se lee lo siguiente: “En las revoluciones burguesas, la sangre, el terror, los asesinatos políticos eran las armas inevitables en las manos de las clases insurgentes.” “la revolución proletaria no tiene necesidad del terror para alcanzar su fin: ella detesta el asesinato. Por eso no necesita apelar a los medios violentos, porque no combate contra los individuos, sino contra las instituciones.” Pero desde luego el folleto agregaba que “toda resistencia debe ser rota. (Molina, Gerardo, 1982, p. 133).

En los años 40 del siglo pasado, el líder político liberal Carlos Arango Vélez, dio una conferencia sobre Luxemburg, publicada en folleto.

Hay una huella destacada de Rosa, incorporada a nuestra tradición que hay que recuperar y poner a vivir en el fecundo campo de las ideas y las experiencias revolucionarias.

BIBLIOGRAFÍA

García, Antonio, (1984). *Bases de economía política*. Bogotá: Tiempo americano. Antología del pensamiento económico y social de América Latina. Nota 3 al capítulo: *Co-yunturas revolucionarias del capitalismo*.

García, Antonio, (2006). *La estructura del atraso en América latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2006.

Luxemburg, Rosa, (1933). *La acumulación del capital. Estudio sobre la interpretación económica del imperialismo*. Madrid: Cenit.

Luxemburg, Rosa, (1976). *La Revolución Rusa. Democracia y dictadura*. En: Obras escogidas. Bogotá: Editorial Pluma, 1976. Tomo II.

Molina, Gerardo, (1982). *Breviario de ideas políticas*. Bogotá: Tercer Mundo.





La tradición del socialismo en Colombia¹

Antonio García Nossa

Los ideólogos de nuestros partidos creen haber eliminado toda posibilidad de debate, al afirmar que “el socialismo es una planta exótica”, una doctrina sin carta de naturaleza nacional. Pero semejante prejuicio –que nunca ha pretendido conquistar la altura crítica del juicio- se ha apoyado sobre dos grandes equivocaciones: la primera, la de que hay doctrinas silvestres, no importadas de ningún sitio del mundo, inventadas por nuestras “clases dirigentes” o nacidas por generación espontánea en un clima tan propicio a las ideas como el que ha creado nuestro sistema feudal de partidos; la segunda, la de que el socialismo no ha aparecido en la historia de nuestras ideas políticas por el hecho de que no ha funcionado un Partido socialista. Ambas equivocaciones –a pesar de haber sido sometidas a revisión crítica desde 1850, por espíritus tan lúcidos como los de Murillo Toro, Madieto, Uribe y Gaitán- se han transmitido de generación en generación, como uno de los tabús patrimoniales de capuletos y montescos. ¿Hay alguna doctrina –económica, política o filosófica- que no haya sido importada, si nuestras “clases dirigentes” no sólo han introducido las teorías sino también sus aplicaciones francesas, norteamericanas o británicas? Cuando se produjo la importación del liberalismo económico, no sólo se tomaron supersticiosamente las tesis de Adam Smith, sino a las aplicaciones recomendadas por Smith a la economía inglesa. Nadie ha intentado seriamente aclimatar la teoría, ideando formas

¹ Artículo recuperado de la Revista Aquelarre – Universidad del Tolima número 13 en homenaje al maestro Antonio García.

propias originales de aplicación, es decir adaptando la herramienta al medio en que debe emplearse. Las verdaderas doctrinas nuestras -como las tesis de Manuel M. Madiedo sobre la propiedad y uso económico de la tierra, intentando elaborar un socialismo cristiano desde 1863- están fuera del pequeño arsenal de conocimiento de nuestros partidos “tradicionales”. La materia de su tradición no es la transmisión de juicios sino de prejuicios.

El problema no es tanto de utilización de una estrategia de la Tercera Fuerza, sino el de utilización de ella con una finalidad socialista. ¿Acaso no admiten tirios y troyanos que el socialismo es una mercancía exótica, una planta ajena en el suelo de nuestra propia historia? Realmente hay tirios y troyanos que se identifican con semejante impostura, lo que no es argumento para demostrar que el socialismo, como sensibilidad y como filosofía, nada tenga que ver con la historia de la nación colombiana: esto no demuestra, sino que algunos dirigentes de ambos partidos se identifican en aquello que consideran su propia defensa. El que tirios y troyanos de dos partidos, pero de una sola clase, emprendan la política de vigilar intereses comunes, nada tiene de singular e ilógico, sino el que en desarrollo de esa causa política deban apelar a una vulgar impostura. Nunca he podido explicarme esta baja moral ideológica de esas “elites”, que elaboran sus tesis sobre la creencia de que el pueblo nunca tendrá la oportunidad de conocer directamente su propia historia. Se defienden estúpidamente, si toman en serio la intangibilidad del “supuesto de la ignorancia”, de la constante y eterna adulteración de la historia que se da al pueblo. Un día u otro se podrán hojear páginas y topar con las más sensibles inteligencias de la República, todas o casi todas contaminadas de ideas, de sentimientos, de espíritu socialista. Por algo el francés Charles Mazáde, a mediados del siglo XIX, localizaba en Colombia el epicentro del socialismo continental.

En la América Austral vivieron Esteban Echavarría y Francisco Bilbao, pero ni ellos ni sus discípulos lograron crear una atmósfera “socialista” en el seno de los diversos partidos. En ello reside, justamente, el carácter

excepcional de la tradición socialista en Colombia, en que no es un brote aislado, irregular y errático, sino una impregnación persistente del alma de generaciones enteras, aunque participa de la “vida difusa” de todas las insurrecciones colombianas contra la injusticia.

Por 1850, no sólo Murillo Toro es una inteligencia socialista, que sabe ligar audazmente las tesis políticas del liberalismo con las tesis económicas del socialismo: lo son quienes dirigen las Sociedades Democráticas. Y lo son también algunos valores, como Manuel M. Madiedo, que nada tiene que ver con las Sociedades Democráticas ni con el Partido Liberal, e incluso militan activamente en el Partido contrario. Pero ya he dicho que un Partido es un archipiélago: mientras Julio Arboleda hace del catolicismo un puente levadizo para regresar a los castillos feudales, al tráfico de esclavos y a los señores de horca y cuchillo, Madiedo hace del cristianismo un puente para depurar la democracia y para predicar el socialismo de la tierra. Si Henry George, el economista norteamericano que tanta influencia ejerció en la América Latina de fin de siglo, hubiese leído las doctrinas de Murillo Toro y Madiedo sobre la propiedad territorial, habría construido con esos ingredientes la teoría del socialismo agrario.

Las guerras civiles no borran ni atenúan esa inquietud socialista. Todo lo contrario: el contacto íntimo con el país, la convivencia con un pueblo en trance de angustia, suelta riendas al poder de la barbarie, pero también estimula el crecimiento del espíritu de justicia social y el reconocimiento de los nuevos derechos del hombre.

De esta hecatombe surgen Uribe Uribe y Benjamín Herrera, ambos partidarios de que el liberalismo colombiano se rehaga con ideas socialistas. Pero no son exclusivamente ellos los que hablan ese lenguaje y transitan ese camino frente a la reacción individualista de ambos partidos. Sólo los “escépticos” por oportunismo, como Rafael Núñez, nunca participaron de esta mentalidad sublimada, ni fueron capaces de asimilar la nueva atmósfera que se había creado en el mundo. La nueva atmósfera se mide tanto por los principios como por reacciones efectivas, está presente en

los ensayos económicos de Miguel Antonio Caro o en los poemas de Guillermo Valencia. Ese “estado del alma” es la atmósfera de Anarkos, el poema por medio del cual ingresa la causa del proletariado universal a la literatura poética de Colombia. Un hombre que realizó semejante proeza no podía ser un simple poeta retórico, como lo afirmó alguna vez Eduardo Carranza, sino el poeta de un nuevo siglo: el error de Carranza consistió en querer medir esa tremenda poesía humana -resguardada en perfectas formas greco-latinas- con la medida recortada y madrigalesca de su propia poesía. Conocí de cerca de Valencia y no participé nunca de sus ideas políticas sociales o estética, mereciendo el constante honor de que las discutiese conmigo: pero he sido un revolucionario, no un iconoclasta; un hombre animado por una fe de transformación, no por un demolidor de valores y menos de los valores que alimentan la mística de la patria. Valencia recogió -con su poderosa sensibilidad de esponja- las grandes conmociones sociales que sacudían a Europa y al mundo; y no las recogió como fuerza bruta, como puro sismo humano, sino como proyección en la inteligencia y en la doctrina de Bakunin o Henry George. No hay diferencia con Núñez, que estuvo en Europa y escribió unos ensayos de Crítica Social en los que demuestra su incapacidad de ver al hombre con la perspectiva universal de Valencia.

Pero no sólo Valencia -en este momento crucial de los dos siglos- recoge las voces subconscientes de esta nación conmovida con las grandes de la justicia y con la esperanza de una vida mejor. ¿Cómo abstenerse de mencionar al más grande de los novelistas del costumbrismo, Eugenio Díaz, y al más grande de los poetas del pueblo, Julio Flórez, ambos dominados por la pasión de esta causa nueva del proletariado del villorrio y del campo y ambos inflamados por la concepción socialista de la justicia?

Hasta uno de los más ortodoxos doctrinarios del liberalismo individualista, como Antonio José Restrepo, al confesar su adhesión incondicional a Adam Smith en *El cáncer de la usura*, confiesa también su adhesión a quien considera el más grande de los economistas contemporáneos: el socialista Henry George.

El maestro Sanín Cano -quien ha sido testigo presencial de medio siglo largo de nuestra historia- revela el ambiente de la época en algunas de sus experiencias personales, pero especialmente en el contacto con el Ministro inglés Jenner, por 1894. “No pude menos de manifestar mi sorpresa -dice en *De mi vida y otras vidas*- por la impavidez de una revista de altas y viejas tradiciones (la *Fortnightly Review*), dada en el momento de inquietud europea, al empeño de hacer conocer las teorías y los hombres del socialismo. Yo dije “socialismo” impensada e impropia. Jenner observó: “No se sorprenda” y pasándome la mano familiarmente por el hombro, añadió: casi todas las personas decentes son hoy socialistas”. Era en 1894, días más, días menos.

He ahí la demostración de lo que representaba el socialismo como atmósfera de fines de un siglo y principio de otro, cuando hombres situados a tanta distancia cultural y política como Eugenio Díaz, Julio Flórez, Guillermo Valencia, Miguel Antonio Caro, Antonio José Restrepo, participaban, aunque desigualmente, de un concepto o de una emoción socialistas.

La postguerra de 1918 transforma la fisonomía del país y sacude su alma con las conmociones sociales del mundo y con el apareamiento de la ‘aurora rusa’. Es una transformación de la economía, del ritmo de trabajo, el tipo de cultura, del pensamiento político. En *Bases de la economía contemporánea* (1948), creo haber resumido ese vuelco económico:

“La primera guerra cambia el panorama del mundo y convierte a los Estados Unidos en una primera potencia del capitalismo. Y como Colombia es una “isla” que está localizada en la órbita de este nuevo imperio, empieza su transformación interna como efecto de esta impresión impersonal del mercado externo, pero realmente de la potencia industrial y financiera norteamericana. Con sus rudimentarios y localistas sistemas de vías -tramos de ferrocarriles y cambios que obedecen a ningún principio de intercambio nacional menos aún internacional- con la utilización exclusiva del mar Atlántico, con la ocupación reducida de unos pequeños islotes del territorio colombiano, con su banca primitiva y su sistema

aún más primitivo de comercio, con un Estado sin organización hacendaria ni control financiero (que lo convertía en el peor de los deudores), ¿podía subsistir el país dentro de este orden económico? Es claro que no: máxime cuando esta situación era incompatible con las necesidades del capitalismo internacional, pero particularmente del mercado norteamericano de productos y de capitales. No era cuestión de que decidiésemos nuestro destino de país abierto o enclaustrado: al margen de la voluntad nacional, operaban unas leyes de gravedad económica que originaron, en última instancia, las grandes transformaciones del período 1920-1924: la creación de un sistema de vías orientadas hacia la exportación y que dividen la actividad económica del país en dos grandes zonas de tráfico, una constituida por el río Magdalena y las vías complementarias (ferrocarriles, carreteras y cables aéreos), y otra por el ferrocarril del Pacífico y la red carretable a él entroncada; una que desemboca en el Atlántico y la otra en el Pacífico; la fundación del Banco de la República, como un banco central de tipo kemmeriano y la consiguiente reforma de la banca comercial; la modificación del derecho tributario y del sistema de gastos; la organización del control contable y legal del Presupuesto Público y de los bancos comerciales; la institución de organismos destinados a una racionalización mínima de las exportaciones cafeteras (por medio de la selección y definición de tipos y marcas), ya que el país apenas tiene -en correspondencia a su estado social- una rudimentaria orientación mercantilista, aún por debajo de la costra liberal de sus economistas de cátedra, que hace mirar los problemas del comercio internacional exclusivamente en función de las exportaciones y de los saldos de la balanza de comercio. Aunque se enseña en las cátedras a Boregard y Leroy-Boillieu -los propios textos de Say y Bastiat- ninguno de los expositores de problemas de comercio internacional podría ser ubicado más delante de David Hume, a fines del siglo XVIII” (Pág. 409-410).

Tres tipos de hombres tuvieron que vivir semejante experiencia, representativos de tres generaciones aproximadas por las simpatías políticas y alejadas por las peculiares concepciones filosóficas: el de la generación de fin de siglo, el de la generación del Centenario y el de la generación surgida intelectualmente bajo la constelación trágica de la Guerra Universal. A decir verdad, las tres generaciones eran suelo propicio a la siembra de ideales que efectuó la guerra del 14: la primera formada por

Valencia, Benjamín Herrera, Lucas Caballero, Baldomero Sanín Cano, el maestro del nuevo humanismo; la segunda por Eduardo Santos, L. E. y Agustín Nieto Caballero, Alfonso López, L. E. López de Mesa; y la última por Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Carlos Lleras Restrepo, Carlos y Juan Lozano, Alberto Lleras, Roberto García Peña, Germán Arciniegas, Guillermo Hernández Rodríguez, Plinio Mendoza Neira, Luis Vidales. Eran tres generaciones nacidas y formadas bajo el signo de la guerra, civil o universal.

De la primera generación Uribe, Benjamín Herrera, Leandro Cuberos Nino y Sanín Cano, expresaron su simpatía socialista y su abierta solidaridad con la causa de los trabajadores oprimidos. De la generación del Centenario, Armando Solano y Uribe Márquez no sólo se identificaron con la nueva emoción socialista, sino que expresaron su adhesión intelectual a la teoría revolucionaria que está golpeando en todas las anchas puertas de las clases obreras y campesinas. La generación de “los últimos” fue una generación de temperamento y mentalidad socialistas: lo mismo que Mariátegui y Haya en el Perú; lo mismo que Lombardo y Bassols en México; lo mismo que Benjamín Carrión y Ángel Modesto Paredes en Ecuador; lo mismo que Eugenio Matte y Oscar Snake en Chile; lo mismo que Rómulo Betancourt y Andrés Eloy Blanco en Venezuela; los hombres representativos de la generación colombiana de la Primera Guerra total, se unieron a la cruzada universal contra la opresión de los débiles, contra la rapacidad imperialista, contra las guerras del capitalismo, contra la concentración monstruosa de la riqueza y por el reinado de la justicia social.

Toda la América tenía oído atento a la voz de un indio peruano, José Carlos Mariátegui, que aplicaba las nuevas tesis socialistas a la órbita de su patria, en Siete ensayos sobre la realidad peruana. Toda la América leía al maestro Justo, espíritu socialista de la nueva Argentina, o se conmovía ante la fe revolucionaria del poeta Lugones y del sociólogo José Ingenieros. En México se consagraba, en la Constitución del 17 y antes de la revolución Rusa, el principio de la escuela socialista.

Colombia estaba aislada del mundo, enclaustrada en su “democracia monástica”. Dentro de esta atmósfera afloran los grandes movimientos sindicales y el partido de oposición (el liberal) se impregna, en su base popular que actúa como montonera, de tesis y consignas socialistas. De 1920 a 1930 surge el socialismo en el país como “un estado de alma”, en una amplia extensión que cubre los cimientos obreros y estudiantiles del Partido Liberal (convertido en un frente anticonservador) y los sindicatos mutualistas pero movidos ya por cierta dinámica de clase. Este “estado de alma” intentó cuajar en el Partido Socialista Revolucionario, terrorista y conspirativo, hecho sobre moldes internacionales y dirigido por una “elite” que, no obstante su fe marxista, partía de la concepción ideal de que las revoluciones son el efecto simple y mecánico de la exposición de ideas revolucionarias. Pero como el marxismo se importó como un dogma -y no sirvió sino para generar un neoescolasticismo que hablaba un lenguaje de estructuras, burguesía y proletariado- no pudo ser utilizado en el estudio crítico de la realidad colombiana, en su dimensión económica y en su dimensión social: de este movimiento generoso pero desenfocado no pudo salir ninguna dirección precisa, ni en el orden partidista, ni en los medios de transformación del Estado”. (...) Pero desde 1924, Jorge Eliécer Gaitán escribe *Las ideas socialistas en Colombia*, un libro sistemático y denso, en el que examina magistralmente las tesis económicas del socialismo y sienta los dos principios importantes en el gobierno de su vida y en la transformación ideológica del Partido liberal: 1) el principio doctrinario de que la causa del proletariado y de las clases y razas oprimidas iría a variar fundamentalmente la suerte del capitalismo y de la nación colombiana; 2) y el principio táctico de que los ideales socialistas podían realizarse a través del Partido liberal colombiano, como lo predicaba Uribe en 1904.

“Nuestro estudio no podía tener -escribe Gaitán en 1924- un carácter sectorio o banderizo, en el sentido político de la acepción, en primer lugar, porque no pertenecemos a partido socialista ninguno o a eso que entre nosotros se apellida como tal. En Colombia hay valiosas unidades que profesan estas ideas, pero quienes han tratado de dotarlas de una dinámica

de organismo autóctono quizá no han sido los más afortunados en su interpretación, ni en los medios, ni en la apreciación de las características peculiares a nuestra vida política; y, en segundo lugar, porque siempre hemos creído que antes de concluir en las aplicaciones se necesita el estudio técnico, el examen científico, la valuación abstracta de causas que autorizan esas realizaciones en concreto. El empirismo ha sufrido, ya va para luengos tiempos, una trascendental derrota en las ciencias sociales, y no se explicaría la lógica de quienes se empeñaran en aplicar medicinas sin antes haber evidenciado científicamente la bondad de éstas, y, sobre todo, la índole orgánica del sujeto a quien han de ser aplicadas. Profesamos, pues, con marcado convencimiento y empujado entusiasmo, las ideas que corren a través de estas páginas, mas no podríamos considerarnos como militantes en nuestro país, de un partido socialista, entre muchas otras razones, por la muy sencilla de que tal partido no existe. No es destrozando la corriente política que en Colombia representa el partido avanzado o de oposición, como mejor se elabora por el triunfo de los altos principios que guían hoy los anhelos reformadores de los pueblos; pensamos que es mejor luchar porque las fuerzas progresivas de Colombia inscriban en sus rodela de batalla la lucha integral por las ideas nuevas, por la salud del proletariado y por la reivindicación necesaria de los actuales siervos del capital”.

Esta audacia teórica del líder no sólo sirve para demostrar su realismo dialéctico (que contrasta con la excesiva radicalización de sus contemporáneos como Turbay, Hernández Rodríguez, Luis Tejada, Moisés Prieto, Vidales, José Mar), sino la rigurosa continuidad doctrinaria y táctica de Gaitán a través de 25 años de lucha. Mientras todo fue cambiando en el mundo y en la patria, y los hombres de las extremas fueron modificando paulatinamente sus posiciones, Gaitán permaneció en su sitio, perfeccionando su propia concepción y combatiendo con las mismas banderas. Antes de viajar a Chile al Congreso Continental de movimientos de izquierda, en 1946, visité a Gaitán y le pedí que escribiera la segunda parte de *Las ideas socialistas en Colombia*, por cuanto él era de los pocos hombres que podía tener una justa perspectiva de “nuestra izquierda”. “De veras: debo tener una mejor perspectiva, porque soy el único que no ha cambiado de sitio”, repuso Gaitán.

Es común decir que esta agitación socialista de posguerra –anárquica y desorbitada pero que movilizó todas las grandes inteligencias de la nueva generación- nada dejó sembrado en nuestro inédito y perezoso país. Si creemos que las ideas se siembran y reproducen como las plantas, siguiendo el mismo proceso biológico simple.

BIBLIOGRAFÍA

García-Nossa, Antonio, *Bases de la economía contemporánea. Elementos para una economía de la defensa*. Bogotá: Revisoria Fiscal de Instituciones Fiscales de Crédito, 1948.





Boletín del Grupo de Trabajo
Historia y coyuntura: perspectivas marxistas

Número 51 · Abril 2024